

William Faulkner

Por Manuel DURÁN

El reciente fallecimiento del gran escritor norteamericano William Faulkner —cuya última novela, *The Reivers*, podría traducirse por “Los depredadores” o “Los destructores”— es evidentemente el acontecimiento cultural —totalmente negativo— más importante de estos últimos meses. La muerte de Faulkner, que ha seguido unos pocos meses al suicidio de Hemingway, priva a la literatura norteamericana de una de sus máximas figuras; para muchos era Faulkner el escritor más poderoso, más significativo, más profundo de los Estados Unidos. Su fama había rebasado las fronteras nacionales hacía ya muchos años; era leído en versiones españolas por numerosos lectores de México y de otros países de habla española, traducido a todos los idiomas cultos, y recibió el Premio Nobel en 1949. Recordemos ahora las palabras que pronunció en su discurso de aceptación del Premio Nobel; creemos difícil encontrar un epitafio mejor para la tumba de Faulkner. En Estocolmo el escritor habló de “las viejas verdades universalmente sabidas, sin las cuales un escritor no puede escribir sobre el amor, sino sobre la lujuria... Me niego a admitir [afirmó] el fin del hombre. Creo que no sólo resistirá, sino que triunfará. Es inmortal, no sólo porque es el único, entre todas las criaturas, que tiene una voz inextinguible, sino porque tiene un alma, un espíritu capaz de comprender, de sacrificarse y resistir. El deber del escritor, del poeta, es escribir sobre estas cosas. Tiene el privilegio de ayudar al hombre a soportar los sinsabores aligerando su corazón, recordándole el valor, el honor, la esperanza, el orgullo, la compasión, la piedad y el sacrificio que constituyen la gloria de su pasado”.

Es muy posible que sea todavía demasiado temprano para juzgar la obra total de Faulkner. Sin embargo, después de vivir muchos años como escritor casi desconocido, conoció la fama, y la atención de numerosos críticos se concentró en su obra, una de las que han sido mejor estudiadas y más discutidas en la literatura de nuestro siglo; y es posible llegar por lo menos a ciertas conclusiones provisionales. Luis Untermeyer afirma que “Faulkner no se ve excedido, en sus mejores páginas, por ningún otro escritor de su época. Combina la novela de acción con la novela de análisis. A los horrores, extravagancias y lóbregueses fantasmales de Poe aunó Faulkner una intensidad en la intención análoga a la de Melville; incluso sus violadores, idiotas, asesinos y perversos, que quebrantan toda idea de la decencia humana, son humanos, en una forma horrible, pero evidente. Al lector pueden desagradarle las muertes isabelinas con que Faulkner salpica su obra. Pueden repugnarle los suicidios, fratricidios, connivencias e innumerables traiciones que aparecen en sus páginas; puede incluso llegar a convencerse de que todo eso es únicamente un horrible producto de la imaginación. Pero aunque le produzca terror se sen-

tirá fascinado; y al final se convencerá de que todas estas violencias, todos estos horrores, no sólo suceden, sino que han de suceder, forzosamente, en un ambiente de derrota y en una época víctima de un medio obsesionante. Amenazado por el desastre y, a veces, por la demencia, el mundo de Faulkner es poco halagüeño; pero es inconfundiblemente un mundo; es, sin lugar a dudas, el mundo del lector”.

Podríamos afirmar que en esencia la obra de Faulkner es obra de un poeta. Hay en su canto grandeza y melancolía, crueldad y esperanza. “Todo este suelo, todo el Sur, está maldito —grita uno de los personajes de *El oso*, uno de sus mejores libros— y todos los que provenimos de él, todos los que en él encontramos cobijo, blancos y negros, estamos malditos.” La mayor parte de las obras de Faulkner describen los resultados —y en alguna ocasión sugieren los orígenes— de esta maldición con intensidad desolada que no podemos evitar comparar con la de la tragedia griega. Desde luego la vehemencia de Faulkner, su ímpetu lírico, le apartan de todo análisis sociológico e histórico serenos; es mucho más eficaz cuando nos describe los resultados de la maldición que cuando nos sugiere cómo empezó. Pero parecen ser dos los actos impuros que dieron origen a la maldición: el primero y más terrible, la esclavitud de los negros, que ha degradado tanto a los negros como a sus esclavizadores blancos; el segundo, la pérdida de valores, de conciencia del pasado, de continuidad, acarreada por el desastre de la guerra civil en que el viejo Sur es aniquilado. Los aristócratas son sustituidos por hombres sin conciencia, por la tribu de los Snopes, a la que sólo le interesa el dinero en sí y el poder como medio para acumular mayor dinero. No es excesivo decir que la obra de este escritor es un canto a la grandeza, al poder inevitable de la destrucción y la degradación; que parece recrearse en las escenas más lóbregas y crueles, que hay frecuentes rasgos de sadismo y masoquismo en su prosa. La aristocracia ha perdido sus virtudes, su valor y su honor, y nada de lo que acontece en el mundo moderno puede crear una nueva aristocracia. De ahí la nostalgia con que contempla el pasado, y la forma despiadada en que relata los males del presente. No hay salvación, salida, ni consuelo en la mayor parte de sus relatos; no hay piedad para las víctimas, ni tampoco para los verdugos, que a su vez se convertirán en víctimas. Típico de Faulkner es, por ejemplo, el argumento de su famosa novela *Mientras yo agonizo*, relato centrado en derredor de una familia blanca muy pobre, los Bundren, y sobre todo de la muerte de la madre, Addie Bundren, y de las dificultades con que tropieza la familia para llevarla a enterrar a un humilde y lejano cementerio, en tanto que se desborda un río y el cadáver entra en descomposición, los buitres vuelan cada vez más bajo acechando su presa, un hijo enloquece,

y el marido proyecta comprarse un nuevo juego de dientes postizos y casarse con la mujer que le ha prestado las palas con que cava la tumba de su esposa. En las últimas páginas, un personaje parece hacernos escuchar la voz del propio Faulkner al decir: “Nuestras vidas se desgarran sin viento, sin ruido, con gestos de tedio tediosamente repetidos, con restos de un ímpetu antiguo, sin que una mano mueva los hilos; en el crepúsculo adoptamos actitudes desesperadas, gestos de títeres sin vida.”

Quizá las mejores novelas de Faulkner son *El sonido y la furia*, *El oso* y *Las palmeras salvajes*, junto con *Mientras yo agonizo*. En *El sonido y la furia* Faulkner, que gusta de experimentar, desintegra la sucesión temporal a que nos tenían acostumbrados los novelistas tradicionales, entremezcla y combina los episodios, emplea la corriente de conciencia o monólogo interior, nos presenta la mente de un idiota, Benjy Compson, en todo su prolijo caos; el lector está a punto de perder pie, se ve sumergido por la poderosa corriente de la prosa, por la disparatada confusión de los sucesos; el tiempo se adelgaza, se contrae, parece estallar en mil pedazos para seguir fluyendo un poco más allá. Es con mucho la más influyente de sus obras, y no sería difícil hallar algún rastro de la misma que en forma directa o indirecta se haya filtrado en algunas de las mejores novelas mexicanas de nuestros días, tales como *La región más transparente* y *La muerte de Artemio Cruz*, de Carlos Fuentes, y *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo.

Faulkner falleció el 6 de julio de 1962, de un ataque cardíaco, en un hospital de la pequeña ciudad de Oxford, en el Estado sureño de Mississippi. Tenía 64 años de edad. Afectaba una humildad que en ciertos momentos parecía excesiva; pretendía no tener ni un átomo de intelectual, afirmaba que los otros escritores de su tiempo no le interesaban, que no leía a nadie, que era en realidad un granjero cuya diversión era escribir relatos. Estas afirmaciones, igual que todo lo que declaró en su discurso de Estocolmo —y que queda desvirtuado por el sentido mismo de sus novelas— no deben ser aceptadas sin reservas. Faulkner fue un intelectual nato, un espíritu selecto y complicado, un gran estilista amigo de experimentar con técnicas nuevas y audaces, un testigo de su época. Estaba especialmente satisfecho de su novela *Una fábula*; el más intelectual, simbólico y complicado de todos sus libros (y quizá uno de los menos satisfactorios). Pero, como buen escritor norteamericano, aprendió la mayor parte de sus trucos y recursos novelísticos en la dura escuela de la experiencia y el trabajo manual, el vagabundaje y la vida semi-bohemia, cambiando con frecuencia de oficio y de ciudad. Nacido en 1897 en New Albany, Mississippi, era hijo del propietario de un establo, vástago de una familia distinguida venida a menos. La familia se mudó a la población de Oxford, Mississippi, cuando el padre pasó a ser gerente de negocios de la Universidad del Estado. El abuelo era gerente de un pequeño banco casi sin fondos. El joven Faulkner abandonó la escuela secundaria —en la cual, según reza la leyenda, obtuvo muy malas calificaciones— para ocupar un modesto empleo en el banco. A los 16 años ingresó como oyente en la

Universidad de Mississippi, pero abandonó sus cursos poco después para pasar a la Real Fuerza Aérea Canadiense, con la que combatió durante la Primera Guerra Mundial. Al regreso de la guerra escribió su primera novela, *Paga de soldado*, en 1922. Escrita en seis semanas, la obra tardó cuatro años en hallar editor. Los compradores fueron pocos. 1929 fue su año decisivo: se casó y escribió *El sonido y la furia*. Componía con cierta rapidez, por lo menos en algún caso, pero meditaba largos meses antes de empezar a escribir: "Si volviera a nacer —dijo en una ocasión— sería vagabundo o mujer. Se trabaja mucho menos." Al saber que había fallecido el escritor, el Presidente Kennedy ha tenido para él unas palabras de recuerdo y admiración (y ello a pesar de que Faulkner había rechazado la invitación de la Casa Blanca para una cena en que se reunieron todos los Premios Nobel del país): "En lo tocante a la actividad del hombre,

raros son aquellos de los que se puede afirmar que su obra se perpetuará. William Faulkner es uno de ellos. Desde Henry James ningún escritor dejó un monumento tan considerable ni tan potente a la gloria de la literatura norteamericana. Su muerte ocurrió en Oxford, Mississippi, en el mismo corazón de este universo turbulento de sombra y de luz que constituye la aplastante creación de su pensamiento y de su arte. A partir de este mundo, trató de proyectar la luz sobre los esfuerzos febriles del hombre para comprenderse a sí mismo. Su penetrante espíritu tocó los corazones de todos los que lo escucharon." Igual que T. S. Eliot, que Sartre, y que muy pocos más, Faulkner ha sabido describir con amarga lucidez el callejón sin salida en que se encuentra el hombre moderno. Escritor costumbrista, provinciano, es también el más universal de los artistas. Su pérdida será llorada en México como en todo el mundo.

lidad... Nuestros antepasados no nos han legado este sueño. Más bien, nosotros hemos sido legados al Sueño... Pero el Sueño ha huido. Nos ha abandonado, a nosotros, a los que, en tanto luchábamos por encontrar nuestro sitio entre las demás naciones, el Sueño protegió y sostuvo, sólo exigiéndonos que recordásemos que era, como toda cosa viva, susceptible de perecer... En su lugar, escuchamos hoy la cacofonía del terror, de la conciliación y del compromiso, en medio de la cual apenas flotan las grandes palabras —Libertad, Democracia, Patriotismo—, hoy vacías porque nosotros las desnudamos de toda significación, pero con las cuales intentamos desesperadamente disimular la importancia de nuestra pérdida... Hoy, en los Estados Unidos, toda organización que funciona protegida por fórmulas como 'la libertad de prensa', 'la seguridad nacional' o 'la lucha contra la subversión', puede violar impunemente la intimidad de todo aquel que no sea miembro de una organización lo suficientemente rica o poderosa como para protegerlo... Los grandes, invulnerables sacerdotes del nuevo poder americano, son: la Seguridad, la Subversión, el Anticomunismo, el Cristianismo, el Estilo de Vida Americano y la Bandera."

Este inquietante novelista del estruendo y la furia poseía, pues, una moral, la

El testamento de William Faulkner

Por José DE LA COLINA

En un corto intervalo, apenas poco más de un año, los Estados Unidos de Norteamérica han perdido a sus dos mayores novelistas, Ernest Hemingway y William Faulkner. Sin exageración puede decirse que estos dos nombres dominan toda la geografía de la novela contemporánea, y ya escritores como Pavese y Sartre han hecho constar la deuda que con ellos tienen las generaciones de narradores europeos aparecidos en la segunda postguerra. En Hispanoamérica, la influencia de Faulkner ha sido quizá la más amplia e intensa —como lo demuestran las obras de Lino Novás Calvo, Alejo Carpentier, Juan Carlos Onetti, Claudio Giacconi, José Revueltas, Juan Rulfo, etcétera—, aunque el autor de *El viejo y el mar* parece haber obtenido una mayor resonancia por la seducción de su personalidad, su vida aventurera y su adhesión a las causas de la República Española y la Revolución Cubana. Con ellos desaparecen dos voces significativas de la conciencia norteamericana, del viejo sueño iniciado con el periplo del Mayflower, continuado por los Roger Williams, los Paine, los Jefferson, los Thoreau, Lincoln, Whitman, Twain, Melville, etcétera, y ahora agonizante bajo el triunfo posmortem de MacCarthy y la religión imperialista del Destino Manifiesto. Hasta su muerte insistió Faulkner en señalar la corrupción de la vieja doctrina, de aquellos ideales que componían *the American Dream*, que dieron origen a los Estados Unidos y les permitía proclamar al mundo: "Aquí hay lugar para todos ustedes, venidos de todas partes — para los individualmente desprovistos, para los individualmente oprimidos, para los individualmente privados de individualidad." Comentaba Faulkner: "Tal era el sueño: no una igualdad que permitiese dormir perezosamente, como duerme el embrión en el seno de la madre, sino la libertad de comprometerse en la vida en igualdad con todos los hombres, y de defender, de

conservar esa igualdad, mediante el ejercicio del valor personal, de la honradez en el trabajo y de la mutua responsabi-



Uno de los últimos retratos de William Faulkner